

do, estando por presidente Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, y por el consejo de Indias en España; y mucho después los condenó la mesma audiencia de Méjico, siendo virey don Antonio de Mendoza, á pagar la artillería y todo lo al que tomaron de casa de Cortés. Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como asolutos; y estando las cosas así, se rebelaron los de Huaxacac y Zoatlán, y mataron cincuenta españoles y ocho ó diez mil indios esclavos que cavaban en las minas. Fué allí Peralmindez con docientos españoles y ciento á caballo; y por la guerra que les dió, se acogieron en cinco ó seis peñoles, y al cabo se recogieron á uno muy fuerte y grande, con toda su ropa y oro. Chirino los cercó, y estuvo sobrellos cuarenta días; porque los del peñol tenían una gran sierpe de oro, muchas rodela, collares, moscadores, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche, sin que él los sintiese, se fueron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en Méjico públicamente y con trompetas por gobernador y capitán general de aquellas tierras de la Nueva-España. Andando la cosa tal, avisaron á Cortés para que viniese con el capitán Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruelísimamente; ca le hincaron muchas rajuelas de teta por el cuerpo, y lo quemaron poco á poco, haciéndole andar al rededor de un hoyo, que es ceremonia de hombre sacrificado; y mataron con él otros españoles é indios que le guiaban y servían. Fué tras Medina Diego de Ordás con gran priesa, por Cortés, y como supo la muerte que le dieron, volvióse; y porque no le tuviesen por cobarde, ó pensando que fuese muerto también á manos de indios, dijo que Cortés era muerto; que causó gran parte del mal. Con lo cual, y por malas nuevas que venían de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creía casi toda la ciudad; y así, muchas mujeres hicieron obsequias á sus maridos, y al mesmo Cortés le hicieron también ciertos parientes, amigos y criados suyos, las honras como á muerto. Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino á oídos de Gonzalo de Salazar, y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad; dislate que no lo hiciera un modorro; mas Cortés cuando vino restituyó á esta mujer en su honra, llevándola á las ancas por Méjico y llamándola doña Juana; y en unas coplas que después hicieron, á imitación de las del Provincial, dijeron por allá que le habían sacado el don de las espaldas, como narices del brazo. Estaban á la sazón seis ó siete naos de mercaderes en Medellín, que, á fama de las riquezas de Méjico, eran idas á vender sus mercaderías. Gonzalo de Salazar y todos los otros oficiales del Rey querían enviar en ellas dineros al Emperador, que era el toque de su negocio, y escribir al consejo y á Cobos en derecho de su dedo; pero no faltó quien se lo contradijese, diciendo que no era bien aquello sin voluntad y cartas del gobernador Fernando Cortés. Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil Gonzalez de Avila; y como era caballero, hombre altivo, animoso, y cuando de Cortés, opúsose muy recio contra ellos, y aun atropellólos un día, maltratando á Rodrigo de Albornoz, y envió luego á quitar las áncoras y velas á las naos que

estaban en Medellín, porque no tuviesen en qué enviar á España relaciones, como él decia, falsas, mentirosas y perjudiciales; pero el fator Salazar, que era mañoso, lo prendió, juntamente con Gil Gonzalez; procedió contra ellos por la muerte de Cristóbal de Olid, por la inobediencia y desacato que le tuvo por lo de las naos, y porque era gran contraste para sus pensamientos. Condenólos á muerte, y si no fuera por buenos rogadores, los degollara, aunque habían apelado para el Emperador. Todavía los envió presos á España, con el proceso y sentencia, en una nao de Juan Bono de Quexo. Envio asimesmo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña, criado suyo; pero quiso la fortuna que se hundiese aquella carabela en la isla del Fayal, que es de los Azores una; y así se perdieron las cartas, procesos y escrituras, y se salvaron los hombres y el oro.

La prision del fator y veedor.

Estando pues Gonzalo de Salazar triunfando desta manera en Méjico, y Peralmindez Chirino sobre el peñol que dije de Zoatlán, llegó á la ciudad Martín Dorantes, mozo de espuelas de Cortés, con muchas cartas y con poderes del Gobernador, para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Albarado, y removiesen del cargo y castigasen al fator y veedor. Entróse en Sant Francisco, sin ser de nadie visto; y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso á España, llamó secretamente á Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y dióles las cartas de Cortés. Ellos, en leyéndolas, llamaron todos los de la parcialidad de Cortés, los cuales eligieron luego al Alonso de Estrada por lugarteniente de Cortés, en nombre del Emperador, por no estar allí tampoco Pedro de Albarado ni Francisco de las Casas, á quien los poderes venían. Divulgóse luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y hubo grande alegría; y todos salían de sus casas por ver y hablar al Dorantes. Con el regocijo de tan buenas nuevas parecia Méjico otro del que hasta allí. Gonzalo de Salazar temió valientemente el furor del pueblo. Habló á muchos, segun la necesidad que tenía, para que no le desamparasen. Asestó la artillería á la puerta de las casas de Cortés, donde residía, después que ahorcó á Rodrigo de Paz, y hízose fuerte con hasta docientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fué á combatirle la casa. Como aquellos docientos españoles les vieron venir á toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse á la parte de Cortés, pues era vivo, que no tener con el fator, y por no morir, comenzaron á dejarle y descolgarse por las ventanas á unos corredores de la casa; y de los primeros que se descolgaron fué don Luis de Guzman; y no le quedaron sino doce ó quince, que debían ser sus criados. El fator no por eso perdió el ánimo; antes, de que vido que todos se le iban, esforzó á los que le quedaban, y púsose á resistir, y él mesmo pegó fuego con un tizon á un tiro; pero no hizo mal, porque los contrarios se abrieron al pasar de la pelota. Arremetió tras esto Estrada y su gente, y entraron y prendieron al fator en una cámara, donde se retiró. Echáronle una cadena, lleváronlo por la plaza y otras calles, no sin vituperio é injuria, para que todos lo vie-

sen; metieronlo en una red, y pusieronle muy buena guarda, y después se pasaron á la mesma casa el Estrada y Albornoz. Estrada derechamente le fué contrario, mas Albornoz anduvo doblado, porque afirman que se salió de Sant Francisco, y habló al fator, prometiéndole que ni sería contra él ni con él, sino en poner paz. Y á la vuelta topó al Estrada, que venía á combatir la casa, y hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque pareciese fuerza si el fator vencía. Peralmindez Chirino dejó la guerra que hacia, de que supo cómo Cortés era vivo, y revocado su poder de gobernador; y caminó para Méjico cuanto mas pudo por ayudar con su gente á su amigo Gonzalo de Salazar; mas antes que llegase supo cómo ya estaba preso y enjaulado, y fué á Tlaxcallan, y metióse en Sant Francisco, monesterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; empero luego que se supo en Méjico enviaron por él, y le trajeron y metieron en otra jaula cabe su compañero, sin que le valiese la iglesia. Con la prision destos dos cesó todo el escándalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del Rey y del pueblo muy en paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmindez se hermanaron y concertaron de matar un día señalado al Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen entre tanto los presos. Mas como tenían las llaves los mesmos gobernadores, no se podía efectuar su concierto sin hacer otras; porque romper las jaulas, que eran de vigas muy gruesas, era imposible sin ser sentidos y presos. Así que dan parte del secreto, prometiéndole grandes cosas, á un Guzman, hijo de un cerrajero de Sevilla que hacia vergas de ballesta. El Guzman, que era buen hombre y allegado de Cortés, se informó muy bien quiénes y cuántos eran los conjurados, para denunciarlos y ser creído. Prometióles llaves, limas y ganzúas para cuando las pedían, y rogóles que cada día le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se quería hallar en librar los presos; no los matasen. Aquellos se lo creyeron, de necios y poco recatados, é iban y venían á su tienda muchas veces. El Guzman descubrió el negocio á los gobernadores, declarando por nombre á los concertados, los cuales luego pusieron espías, y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los del monipodio. Presos confesaron ser verdad que querían soltar á sus amos y matar á ellos; y así, fueron sentenciados. Ahorcaron á un Escobar y á otros, que era la cabeza. A unos cortaron las manos, á otros los piés, á otros azotaron, á muchos desterraron, y en fin, todos fueron bien castigados; y con tanto, no hubo de allí adelante quien revolviere la ciudad ni perturbase la gobernación de Alonso de Estrada. Así como digo pasó esta guerra civil de Méjico entre españoles, estando ausente Fernando Cortés; y levantáronla oficiales del Rey, que son mas de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comision, ni hubiese la menor alteración de las pasadas. Fué maravilla no alzarse los indios entonces, que tenían aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestra de hacerlo; mas esperaban que Cualutimoc se lo enviase á decir cuando

él hubiese muerto á Cortés, como lo trataba por el camino, segun después se dirá.

La gente que Cortés llevó á las Higueras.

Luego que Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmindez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en Méjico, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalanco cómo estaba allí y queria ir cierto camino; que le enviasen algunos hombres pláticos de la costa y de la tierra. Luego aquellos señores le enviaron diez personas de las mas honradas de sus pueblos, y mercaderes, con el crédito que de costumbre tienen; los cuales, después de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un dibujo de algo don tejido, en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban españoles, y aun hasta Nicaragua, que es á la mar del Sur, y hasta donde residía Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme; cosa bien de mirar, porque tenia todos los rios y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas á do hacen jornada cuando van á las ferias; y le dijeron cómo, por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habían huído los naturales á los montes; y así, no se hacian las ferias como solian en aquellas ciudades. Cortés se lo agradesció, y les dió algunas cosillas por el trabajo y por las nuevas de lo que buscaba, y se maravilló de la noticia que tenían de tierra tan léjos. Teniendo pues guía y lengua, hizo alarde, y halló ciento y cincuenta caballos y otros tantos españoles á pié muy en orden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres. Llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo, y que multiplican en gran manera. Metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de Méjico, mucho maíz, frísoles, pescados y otros tantos mantenimientos, muchas armas y pertrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cecinas que tenia traídas de la Veraacruz y de Medellín. Envio los navios que fuesen costa á costa hasta el rio de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. A nueve leguas de la villa del Espíritu Santo pasó un gran rio en barcas, y entró en Tunalán; y otras tantas leguas mas adelante pasó otro rio, que llaman Aquiauilco, y los caballos á nado. Topó después otro tan ancho, que porque no se le ahogasen los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la mar, que tuvo novecientos y treinta y cuatro pasos. Fué obra que maravilló los indios, y aun que los cansó. Llegó á Copilco, cabeza de la provincia; y en treinta y cinco leguas que anduvo atravesó cincuenta rios y desaguaderos de ciénagas y otras casi tantas puentes que hizo; ca no pudiera pasar de otra manera la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas ciénagas y lagunajos, á causa de ser muy alta la costa y ribera; y así, tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca. Sirvió muy bien este camino, y quedó amiga y depositada á los españoles, vecinos de la villa del Espíritu Santo. De Anaxauca, que es el postrer lugar de Copilco para ir á Cuatlan, atravesó unas muy cerradas montañas y un rio, dicho Quezatlapan, bien grande, el cual entra

en el de Tabasco, que llaman Grijalva; y por él se proveyó de comida de los carabelones con veinte barquillas de Tabasco, que trajeron docientos hombres de aquella ciudad; con las cuales pasó el río. Ahogóse un negro, y perdióse hasta cuatro arrobas de herraje, que hicieron harta falta. Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho. Culparon á Cortés, que lo consintió teniendo hijos en ella. Huyeron; y en veinte dias que estuvo allí Cortés ni vinieron ni halló quien le mostrase camino, sino fueron dos hombres y unas mujeres que le dijeron cómo el señor y todos estaban por los montes y esteros, y que ellos no sabían andar sino en barcas. Preguntados si sabían á Chilapan, que estaba en el debajo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí. Cortés hizo una puente de trecientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta piés, y pasó una gran ciénaga; que sin pasar agua no se podía salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro día entró en Chilapan, gran lugar y bien asentado; mas estaba quemado y destruido. No halló en él mas de dos hombres, que lo guiaron á Tamaztepec, que por otro nombre llaman Tecpetlican. Antes de llegar allá pasó un río, dicho por nombre Chilapan, como el lugar atrás. Ahogóse allí otro esclavo, y perdióse mucho fardaje. Tardó dos dias en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas, y aun hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron los hombres fué excesivo, y aína se ahogaron tres españoles. Tamaztepec estaba sin gente y desolado. Todavía reposaron en él los nuestros seis dias. Hallaron fruta, maíz verde en lo labrado, y maíz en grano en silos, que fué harto remedio y refrigerio, segun iban hombres y caballos; y aun cómo pudieron llegar los puercos fué maravilla. De allí fué á Iztapan en dos jornadas por ciénagas y tremedales espantosos, donde se hundian los caballos hasta la cincha. Los de aquel pueblo, como vieron hombres á caballo, huyeron, y tambien porque les habia dicho el señor de Cuatlan que los españoles mataban cuantos topaban; y aun pusieron fuego á muchas casas. Llevaron su ropilla y mujeres de la otra parte del río que pasa por el pueblo, y muchos dellos por pasar apriesa se ahogaron. Prendiéronse algunos, que dijeron cómo por el miedo que les habia metido el señor de Cuatlan habian hecho aquello. Cortés entonces llamó los que traía de Cuatlan, Chilapan y Tamaztepec, para que le dijese el buen tratamiento que se les hacia; y dióles luego en presencia de aquel preso algunas cosas, y licencia que se tornasen á sus casas, y cartas para que mostrasen á los cristianos que por sus pueblos viniesen, porque con ellas estarian seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztapan, y llamaron al señor, el cual vino con cuarenta hombres, y dióse por vasallo del Emperador; y dió largamente de comer á nuestro ejército aquellos ocho dias que allí estuvo. Pidió veinte mujeres, que fueron presas en el río, y luego se las dieron. Acaesció estando allí que un mejicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fué muerto á cuchilladas. Súpolo Cortés, y mandó luego quemar en presencia del señor; el cual quiso entender la

causa, y fuéle dicha, y aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermon, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del mas bueno y poderoso príncipe del mundo, á quien toda la tierra reconocia como á monarca, y que así debia hacer él; y que tambien venia á castigar los malos que comian carne de otros hombres, como hacia aquel de Méjico, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacia el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentase con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimesmo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el río abajo con tres españoles y la instruccion de lo que habian de hacer los carabelones, y de cómo tenían de ir á esperarle á la bahía de la Ascension, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navios á Acalan por un estero. Dióle asimesmo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el río arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á Méjico, y que nunca mas volveria Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmindez.

De los sacerdotes de Tatahuiltapan.

De Iztapan fué Cortés á Tatahuiltapan, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debian ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado allí para morir con sus dioses, que les decian que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos ó ponía cruces; y como vieron á los indios de Méjico con unos aderezos de los ídolos, dijeron llorando que ya no querian vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapan, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querian morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró cómo estaba Huatipan, que venia figurado en el paño, diciendo que no sabia andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivian contentos y descansados. Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y mas adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veian sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podian subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos dias por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenia yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habian de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje

que le habian señalado en Tatahuiltapan, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guateopan ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mismo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni mas ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa. Estaba el lugar despoblado, y no podia Cortés saber rastro de las tres barcas y españoles que habia enviado el río arriba, y andando por el pueblo, vio una saeta de ballesta hincada en el suelo, por la cual conoció que eran pasados adelante, si ya no los habian muerto los de allí. Pasaron el río algunos españoles en unas barquillas; anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo vieron una gran laguna, donde todos los de aquel pueblo estaban metidos en barcas é isletas; muchos de los cuales salieron luego á ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta, que dijeron á Cortés cómo por el señor de Cuatlan habian dejado el pueblo, y cómo eran pasados ciertos barbudos el río adelante con hombres de Iztapan, que les dieron certinidad del buen tratamiento que los extranjeros hacian á los naturales, y cómo se habia ido con ellos un hermano de su señor en cuatro canoas de gente armada, para que no les hiciesen mal en el otro pueblo mas arriba. Cortés envió por los españoles, y vinieron luego al otro día con muchas canoas cargadas de miel, maíz, cacao y un poco de oro, que alegró el ojo á todos. Tambien vinieron de otros cuatro ó cinco lugares á traer á los españoles bastimento, y á verlos, por lo mucho que dellos se decia, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera mas. Cortés les hizo mucha cortesía, y rogó que fuesen amigos de cristianos. Todos ellos se lo prometieron. Tornáronse á sus casas, quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fué predicado, y el señor dió del oro que tenia.

De la puente que hizo Cortés.

De Huateopan tomó Cortés el camino para la provincia de Acalan, por una seuda que llevan mercaderes; que otras personas poco andan de un pueblo á otro, segun ellos decian. Pasó el río con barcas; ahogóse un caballo, y perdiéronse algunos fardales. Anduvo tres dias por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dió sobre un estero de quinientos pasos ancho, el cual puso en gran estrecho los nuestros, por no tener barcas ni hallar fondo. De manera que con lágrimas pedian á Dios misericordia, ca si no era volando, parecia imposible pasarlo, y tornar atrás, como todos los mas querian, era perescer; porque, como habia llovido mucho, se habian llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales sondaron todo el ancon y estero, y por do quiera hallaban cuatro brazas de agua. Tentaron con picas, atadas una á otra, el suelo, y estaba otras dos brazadas de lama y cieno; de suerte que eran seis brazas de hondura, y quitaban la esperanza de fabricar puente. Todavía quiso él probar de hacerla. Rogó á los señores mejicanos que consigo llevaba hiciesen con los indios

que cortasen árboles, labrasen y trajesen vigas grandes, para hacer allí una puente por do escapasen de aquel peligro. Ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno, puestos sobre balsas, y con tres canoas, que mas no tenían; pero éralles tanto trabajo y mohina, que renegaban de la puente y aun del capitán, y murmuraban terriblemente dél por los haber metido locamente adonde no los podria sacar, con toda su agudeza y saber, y decian que la puente no se acabaria, y cuando se acabase serian ellos acabados; por tanto, que diesen vuelta antes de acabar las vitualas que tenían, pues así como así se habia de volver sin llegar á Higuera. Nunca Cortés se vió tan confuso; mas por no enojarlos, no les quiso contradecir, y rogóles que se holgasen y esperasen cinco dias solamente, y si en ellos no tuviese hecha la puente, que les prometia de volverse. Ellos á esto respondieron que esperarían aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entonces habló á los indios que mirasen en cuánta necesidad estaban todos, pues forzado habian de pasar ó perecer. Animólos al trabajo, diciendo que luego en pasando aquel estero estaba Acalan, tierra abundantísima y de amigos, y donde estaban los navios con muchos bastimentos y refresco. Prometióles grandes cosas para en volviendo á Méjico si hacian aquella puente. Todos ellos, y los señores principalmente, respondieron que les placía, y luego se repartieron por cuadrillas. Unos para coger raíces, yerbas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrallos, otros para traerlos, y otros para hincallos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia y ellos tanto trabajo, que dentro de seis dias fué hecha la puente, y al séptimo pasaron por encima della todo el ejército y caballos; cosa que pareció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron muy mucho y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal, obran bien. La heclura era comun, mas la maña que los indios tuvieron fué extraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo y cinco y seis palmas de gordor y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta. La atadura fué de bejucos, que clavaron no hubo, sino de clavos de ferrar y clavijas de palo por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado á salvo aquel estero, ca luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas, se sumian hasta las orejas, y cuanto mas forcejaban, mas se hundian, de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno. Todavía les metian debajo los pechos y barrigas haces de rama y de yerba en que se sostuviesen, lo cual aunque aprovechaba algo, no bastaba. Estando así, abrióse por medio un callejon por do acanaló la agua, y por allí salieron á nado los caballos, pero tan fatigados, que no se podian tener en piés. Dieron gracias á nuestro Señor por tan grandes mercedes como les habia hecho; que sin caballos quedaban perdidos. Estando en esto llegaron cuatro españoles que habian ido delante, con ochenta indios de aquella provincia de Acalan, cargados de aves, fruta y pan, con que Dios sabe cuánto se holgaron todos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalon, señor de

aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz, y con muy buena voluntad de verle y aposentarlo en sus casas; y ciertos de aquellos indios dieron á Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron cómo tenía gran contentamiento de su venida por aquella tierra, ca muchos años había que tenía noticia dél por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés le agradeció tan buena voluntad; dióles ciertas cosillas de España para el señor; hizolos ir á ver la puente, y tornólos á enviar con los mismos españoles. Fueron admirados del edificio de la puente, así porque no las hay por allí, como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible á los españoles. Otro día llegaron á Tizapelt, donde los vecinos tenían mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano y yerba y rosas para los caballos. Reposaron allí seis días, satisfaciendo al trabajo y hambre pasada. Vino á ver á Cortés un mancebo de buena dispusición y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalon. Trájole muchas gallinas y cierto oro; ofrecióle su persona y tierra, fingiendo que su padre era muerto. Él lo consoló y mostró tener tristeza, aunque barruntaba no decir verdad, porque cuatro días antes estaba vivo y le había enviado un presente. Dióle un collar de cuentas de Flandes que traía al cuello, y que fué muy estimado del mancebo, y rogóle que no se fuese tan presto.

De Apoxpalon, señor de Izancanac.

De Tizapelt fueron á Teuticaccac, que estaba seis leguas, donde el señor les hizo muy buen tratamiento. Aposentáronse en dos templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado á una diosa á quien sacrificaban doncellas vírgines y hermosas, que si no eran, diz que se enojaba mucho con ellos, y á esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenia á cristiano y lo que el Rey mandaba, y derribó los ídolos; de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuticaccac trabó grandes pláticas y conversacion con españoles, y tomó mucha amistad y amor con Cortés. Dióle mas entera razon de los españoles que iba buscando y del camino que había de llevar. Díjole en muy gran poridad cómo Apoxpalon era vivo, y que le quería guiar por un rodeo, aunque no mal camino, porque no viese sus pueblos y riqueza. Rogóle que tuviese secreto si le quería ver vivo y con su hacienda y estado. Cortés se lo agradeció mucho, y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo. Llamó luego al mancebo que dije, y examinóle; el cual, como no pudo negar la verdad, dijo cómo su padre era vivo, y á ruego de Cortés le fué á llamar y le trajo luego al segundo día. Apoxpalon se excusó con mucha vergüenza, diciendo que de miedo de tan extraños hombres y animales lo hacia, hasta ver si eran buenos, porque no le destruyesen sus pueblos; pero que agora, pues veía cómo no hacian mal á nadie, le rogaba se fuese con él á Izancanac, ciudad populosa, donde él residia. Cortés se partió otro día, y dió un caballo á Apoxpalon en que fuese, de lo cual mostró gran placer, aunque al princi-

pio pensó caer. Entraron con gran recibimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalon posaron en una casa donde cupieron los españoles con sus caballos. A los de Méjico repartieron por casas. Aquel señor dió largamente de comer á todos el tiempo que allí estuvieron, y á Cortés cierto oro y veinte mujeres. Dióle una canoa y hombres que llevasen por el río abajo hasta la mar, á do estaban los carabelones, un español que poco antes llegara de Santistéban de Pánuco con letras, y cuatro indios que habían traído cartas de Medellín, de la villa del Espíritu Santo y de Méjico, hechas antes que Gonzalo de Salazar y Peralmindez llegasen; con los cuales respondía que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y también escribió á los españoles que estaban en los carabelones lo que habían de hacer y adonde tenían de ir á esperalle. Acostumbran, á lo que dicen, en aquella tierra de Acalan hacer señor al mas caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalon, que tenía grandísimo trato por tierra de algodón, cacao, esclavos, sal, oro, aunque poco, y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavian sus personas y sus ídolos; de resina y otros salumerios para los templos, de teda para alumbrarse, de colores y tintas con que se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para defensa del calor y frío, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; y así, tenía en muchos pueblos de ferias, como era Nito, fator y barrio por sí, poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostróse Apoxpalon muy amigo de españoles, hizo una puente para que pasasen una ciénaga, tuvo canoas para pasar un estero; envió muchas guías con ellos, pláticas del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortés para sí algunos españoles viniesen por allí, que supiesen cómo era su amigo. Acalan es muy poblada y rica. Izancanac grande ciudad.

La muerte de Cuahutimoc.

Llevaba Cortés consigo á Cuahutimoc y otros muchos señores mejicanos, porque no revolviessen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Cuahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenía alientos de rey, y veía los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabian, pensó matarlos por vengarse, especial á Cortés, y volverse á Méjico apellidando libertad, y alzarse por rey, como solia ser. Dió parte á los otros señores, y avisó á los de Méjico, para que á un mesmo día matasen también ellos á los españoles que allí había, pues no eran sino docientos y no tenían mas de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensara mal; porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de Méjico, y aquellos mal avenidos. Había tan pocos entonces por haber ido con Albarado á Cuahutemallan, con Casas á Higuera y á las minas de Michuacan. Los de Méjico se concertaron para en viendo descuidados ó asidos los españoles, y para el segundo mandamiento de Cuahutimoc. Hacian de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y bocinas, y como era mas y mas ordinario que antes, tomaron sospecha los españoles y preguntaron la causa. Recatáronse

dellos, no sé si por indicios ó por certificación, y salian siempre armados, y aun en las procesiones que hacian por Cortés llevaban los caballos á par de sí, ensillados y enfrenados. Mexicalcingo, que después se llamó Cristóbal, descubrió á Cortés la conjuración y trato de Cuahutimoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le urdian la muerte. Cortés loó mucho á Mexicalcingo, prometióle grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel sin que uno supiese de otro: preguntóles cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo habían dicho ya otros. Era tan cierto, segun Cortés, que no podian negarlo; y así, confesaron todos que Cuahutimoc, Couanacochein y Tetepanquezatl habían movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban dello, que no habían consentido de veras ni se habían hallado en la consulta; y que obedescer á su señor y desear cada uno su libertad y señorío, no era mal hecho ni pecado, y que les parecía que nunca podrían tener mejor tiempo ni lugar que allí para matarle, por tener pocos compañeros y ningún amigo, y que no temian mucho los españoles que estaban en Méjico, por ser nuevos en la tierra y no usados á las armas, y muy metidos en bandos y guerra, de que Cortés tomó mala espina; mas empero, pues los dioses no lo querian, que los matase. Tras esta confesion les hizo proceso, y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquezatl. Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto; ca ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, pues ahorcaron los reyes, y creian que la aguja y carta de marear se lo habían dicho, y no hombre ninguno; y tenían por muy cierto que no se le podian esconder los pensamientos, pues había acertado aquello y el camino de Huatapan; y así, vinieron muchos á decirle que mirase en el espejo, que así llaman ellos al aguja, y vería cómo le tenían muy buena voluntad y ningunas intenciones malas. El y todos los españoles les hacian creyente ser así verdad porque temiesen. Hizose esta justicia por Carnestollendas del año de 1525 en Izancanac. Fué Cuahutimoc valiente hombre, segun de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazon real, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco, y así cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dijese del tesoro de Moteczuma, le dieron tormento, el cual fué untándole muchas veces los piés con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero mas infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias. Mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso; es verdad que se preciaba mucho dél, ca los indios le honraban mucho por su amor y respecto, y le hacian aquella mesma reverencia y ceremonias que á Moteczuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad á caballo, si cabalgaba, y si no, á pié como él iba. Apoxpalon quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, ó por lo que Cortés le había dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiendoles de no honrar mas las es-

tatuas de allí adelante, y de ser su amigo y vasallo de su rey.

De cómo Canec quemó los ídolos.

De Izancanac, que es cabecera de Acalan, habían de ir nuestros españoles á Mazatlan, pueblo que también se llama de otra manera en otro lenguaje, mas no sé cómo se tiene de escribir; y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó este viaje de las Higuera, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se buella. Cortés, porque no le faltase provision, hizo mochila para seis días, aunque no había de estar en el camino sino tres, ó cuando mucho cuatro, escarmentado de la necesidad pasada. Envió delante cuatro españoles con dos guías que le dió Apoxpalon. Pasó la ciénaga y estero con la puente y canoas que aderezó aquel señor, y á cinco leguas que anduvo, volvieron los cuatro españoles diciendo que había buen camino y mucho pasto y labranzas; que fué buena nueva para todos, que iban hostigados de los malos caminos pasados. Envió otros corredores mas sueltos á tomar algunos de la tierra para saber cómo tomaban la ida de españoles; los cuales trajeron presos dos hombres de Acalan, mercaderes, segun iban cargados de ropa para vender, y ellos dijeron cómo en Mazatlan no había memoria de tales hombres, y que el lugar estaba lleno de gente. Cortés dejó volver á los que traía de Izancanac, y llevó por guía aquellos dos mercaderes. Durmió aquella noche, como la pasada, en un monte. Otro día los españoles que descubrian toparon cuatro hombres de Mazatlan, que estaban por escuchas, y tenían arcos y flechas, y que, como los vieron, desembarazaron sus arcos, hirieron un indio nuestro y acogieron-se á un monte. Corrieron tras ellos los españoles, y no pudieron tomar sino al uno. Entregáronle á los indios, y prosiguieron el camino por ver si había mas. Aquellos tres que se metieron en el monte, como vieron idos los españoles, dieron sobre nuestros indios, que eran otros tantos, y por fuerza les quitaron el preso. Ellos, corridos del afrenta, corrieron tras los otros, tornaron á pelear, hirieron á uno de Mazatlan, en un brazo, de una gran cuchillada, y prendieronle; los demás huyeron porque llegaba cerca el ejército. Este herido dijo que no sabian nada en su lugar de aquella gente barbada, y que estaban allí por velas, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenían muchos por la comarca, no llegasen sin ser sentidos á saltar al pueblo ni labranzas, y que no estaba lejos el lugar. Cortés aguijó por llegar allá aquella noche, mas no pudo. Durmió cerca de una ciénaga en una cabañuela sin tener agua que beber. En amanesciendo se aderezó la ciénaga con rama y mucha broza, y pasaron los caballos de diestro no con mucho trabajo, y á tres leguas andadas llegaron á un lugar puesto sobre un peñol en mucha ordenanza, pensando hallar resistencia, mas no la hubo, porque los moradores habían huido de miedo. Hallaron muchos gallipavos, miel, frísoles, maíz, y otros bastimentos en gran cantidad. Aquel lugar es fuerte por estar en gran risco; no tiene mas de una puerta, pero llana la entra-